

Un ángel nocturno

Se encontraba en aquel lugar con techo de vidrio, protegiéndose de la lluvia, mientras leía un poco de poesía con la mente distraída, y sin darse cuenta de lo que afuera sucedía, pasaban los segundos, los minutos, las horas, se iba el día. Pronto comenzó a sentir el gélido clima acompañado de una extraña sensación, algo incómodo, como si alguien estuviese viéndole desde un lugar cercano, pero sin lograr identificarlo; una ráfaga de viento chocaba levemente con las hojas de la planta que se encontraba a su lado, se escuchaba cada vez más fuerte, enfocado en cada palabra de la lectura ... ¡De pronto un sonido muy fuerte le deja paralizado! Grande fue su sorpresa al momento de girar un poco la cabeza y encontrar a sus pies la tierra derramada de aquella planta cercana.

Al verla trató de analizar la razón de su caída, fue entonces que recordó la ráfaga de viento que a sus hojas movía, tras parecer una explicación lógica, decidió recorrer toda la casa en búsqueda de una posible ventana abierta, poco a poco fue notando la tormenta que azotaba afuera. Aún seguía sin explicarse lo que había sucedido, recorrió la casa por completo una, dos y tres veces, pero nunca encontró una corriente de aire, la

angustia comenzaba a recorrer su cuerpo, y aunque temeroso en un impulso ferviente de valentía, decidió volver al lugar de los hechos.

Cuando entró de nuevo al estudio, un estruendo hizo retumbar la casa y lo único que pudo observar fue una luz azul cayendo del cielo, partiendo el espacio-tiempo, impactando directo con el techo del lugar, creando una lluvia escarchada, producto del agua, del vidrio y de plumas blancas ensangrentadas que caían del cielo. No encontró ninguna forma de explicar lo que sucedió frente a sus ojos esa tempestuosa tarde. Después de un rato limpiando el desmadre, no dejó de pensar en el suceso antinatural que acababa de pasar, comenzó lentamente a asimilarlo y a cuestionar los hechos, se sentía un poco mal y decidió ir a descansar, pero no sabía que era un error fatal.

En medio de la noche no pudo dejar de pensar y sobre pensar, el insomnio, la angustia y el frío no le permitían conciliar el sueño haciendo que sus ojos se abrieran, de inmediato pudo sentir una presencia en medio de la oscura esquina en diagonal. Me pregunto quién era y qué quería, pero no me es permitido responder a la voluntad de los humanos, me pregunto de nuevo lo que quería eh incluso me ofreció su ayuda, ahora era yo el que contaba los segundos, los minutos, las horas y a él se le iba la vida, en sus ojos se podía notar que no sabía lo que le ocurría, en un último esfuerzo quebró en llanto, pero estaba paralizado,

Sebastián Sánchez Rodríguez (Estudiante de Licenciatura en Filosofía de la Universidad Minuto de Dios. Correo electrónico: chevxd925@gmail.com).

solo entonces cuando sus lágrimas caían y chocaban contra el suelo, fue que pude ver su melancólico rostro cuando por fin entendió lo que era la vida, todo se deslumbró en el momento que extendí mis alas, aunque ensangrentadas despren-

dían la luz divina, al verlas sus ya desgastados labios solo susurraban unas pocas palabras de misericordia ... Te llevaste la vida de mi planta, mi gente y de mi raza.

Piezas Literarias

Uno

Uno vivía solo en su mundo. Siempre solo, nunca nadie, ni mascotas, ni otros como él. Eones atrás, Uno se dio cuenta de que tenía consciencia y podría decirse que ahí comenzó su historia, pero ¿qué hay antes de eso? Ni Uno lo sabe. Se conoce, no obstante, todo lo que le rodea, los parajes, la naturaleza y lo que puede comer. Algunas veces, también en el pasado, comió cosas que le hicieron mal, causándole más de un cólico, pero así aprendió, a ensayo y error, a discriminar lo que podía y lo que no podía. Luego de adquirir consciencia, Uno pasó días sin dormir, por miedo a no volver a despertar y comprendió, al hacer esto, varios estados de subconsciencia y en cierto momento, creyó escuchar ruidos que no podía descifrar, como el sonido

del mar o de la brisa, pero parece que estos tenían intención y no eran naturales. Él quedó muy asombrado por ello y comenzó a especular, pero no volvió a oír aquellos sonidos. Durante los siguientes milenios, se dedicó a investigar el origen de estos sonidos y llegó a la conclusión de que no provenían de su planeta, así que se dedicó a investigar si había otros planetas aparte del suyo y si estos ruidos provenían de alguno. Trabajó arduamente para lograr este objetivo y se dirigió al espacio, donde solo encontró vacío, silencio y oscuridad. Viajó durante eones y en cada planeta que visitaba encontraba nuevos ruidos, pero todos similares al de su propio planeta. Plantas, plantas y más plantas: Uno nunca encontró un ente como él, hasta que llegó a un planeta del doble de tamaño al suyo, un planeta desértico y silencioso. No había construcciones, ni vida, ni siquiera plantas, no obstante, Uno se dedicó a investigar. A los días, vio entremedio de las dunas una figura que se diferenciaba

al entorno, era algo que se parecía a él, pero se encontraba desvalido o como si estuviera a punto de dormir y muy cansado. Uno, atónito, se acercó y quiso interactuar con este ser, pero aquel ser estaba muy desbarajustado, como si hubiera sufrido un accidente o alguna conmoción; no obstante, Uno no lo notó: estaba absorto y sin tener claro qué hacer. De pronto, al ver a ese ser tendido, sintió un impulso que no podía explicar, pues nunca lo había sentido y, guiado por aquel instinto, poseyó sexualmente a aquel ser. Uno no sabía bien lo que estaba haciendo, pero algo en su interior le guiaba a hacerlo, y con ello, sintió un universo nuevo de sensaciones. Al terminar el acto, Uno se sintió despojado de su propia existencia durante unos segundos, pero al reincorporarse, procedió a ver al ser y se dio cuenta de que este estaba muerto. Uno comprendió en ese momento que

existía el cese de la existencia, cosa que para él era impensable... Y sin reflexionar mucho, se fue del lugar, dejando aquel ser (ya no ser) inerte. Luego de ellos, emprendió rumbo a su antiguo hogar, sin ganas de proseguir con la búsqueda de aquellos ruidos. Desde aquel día en adelante, Uno se dedicó a vivir día a día, tal como lo había hecho hasta antes de escuchar los misteriosos sonidos y no volvió a preguntarse nunca más sobre todo lo ocurrido luego de haberlos oído.

En el extremo opuesto del universo, en cierto planeta, vivía un ser similar a Uno, que también tenía consciencia y estaba allí desde tiempo inmemorial. La historia de este ser es similar a la de Uno, hasta que, un día, de pronto, murió. No tuvo contacto con ninguna entidad de fuera de su planeta ni dejó vestigio alguno de su paso por aquel.

El Varón de dolores

No es necesario saber mucho de mí más allá de aquellos detalles que me vinculan con A... Valga decir que mi expectativa de éxito ha decrecido en los últimos años, lo suficiente para considerarme un fracasado. He agotado los recursos de una clase media empobrecida y, más allá de entender cómo funciona el mundo (al menos su parte visible), no tengo un talento específico o una habilidad destacable que me saque del bache. No tengo visión o energía para crear o cambiar algo diferente a lo que ya soy. Como número, como cifra en una gráfica, estoy bien. Siempre lo supe, aunque no siempre estuve de acuerdo.

Conocí a A... cuando ambos éramos adolescentes de último año. Teníamos entonces tanta energía y pocas herramientas para entenderla o canalizarla. Sin embargo, para A... la cosa fue muy diferente. Él era un tipo que valía cada uno de los puntos suspensivos dentro de la idea de “naturaleza humana”. Recuerdo vivamente su respiración entrecortada, sus erres arrastradas al hablar y su vista radicalmente obtusa. Sentidos básicos, imperfectos, que sumaban capas a una anormalidad creciente: una cabeza de superficie irregular, cachetes abultados, labios prominentes y una piel espesamente

grasa; A... se había llevado la peor parte de la lotería genética.

Esa suma de imperfecciones se translucían en una mente con dificultades evidentes, que lo dejaban a merced del mar de hormonas que éramos entonces todos en el colegio. Los cuatro o cinco que conformaban mi grupo teníamos el único objetivo de acaparar todo lo que nos estaba permitido desear, pero no poseer; éramos parias sin cabida en los ideales de belleza o de aceptación social y conforme a las penas que cada uno transitaba eran los suplicios que infligíamos a A... sin falta ni límite. Creo que esto traía un descanso momentáneo a nuestros corazones sin amor y a sus frenéticas pulsiones.

Con todo y esto A... siempre andaba detrás nuestro, acercándose a tumbos, primero de pie y poco a poco conquistando alguna orilla desde donde poder escucharnos. El pago por permanecer eran burlas a las que respondía torpemente, luego uno que otro puño o pellizco del que no se defendía, pese a su corpulencia. Pero había breves ocasiones en que me enfrentaba -uno a uno- con su humanidad sufriente, y detrás de sus ojos desviados atisbaba su ser indescifrable, alguien que luchaba por entender por qué habitaba ese cuerpo, por qué llevaba esa vida. En estos momentos traducía sus emociones al estado puro de las cosas, fuese la dicha, el agradecimiento, o la vergüenza. Pero antes de la revelación, aquella que me despertaría del desabrito sueño de la juven-

David Alexander Cruz Calderón (Filósofo de la Universidad Nacional de Colombia.
Correo electrónico: dacruz@unal.edu.co).

tud, una voluntad externa aquella que me despertaría del desabrido sueño de la juventud, una voluntad externa despertaba en A... el impulso repentino de retaliación: un insulto mal imitado, algún golpe sin repetición; devolviéndonos el brutal derecho de hostigarlo, de atacarlo ciega y terriblemente.

El catálogo de suplicios era amplio y consistente. En ocasiones lo cercábamos en cuadrilla, le dábamos un plazo de tiempo absurdo para escapar, con la advertencia de que, fuese por la tontería que fuese, pagaría unas consecuencias extralimitadas. Otras veces, orquestábamos juegos amañados cuyo único propósito era hacerlo perder para castigar su cuerpo. El método estrella, sutilmente perfeccionado, consistía en representar con la mayor fidelidad posible aquellas noticias del mediodía que estaban en boca de todos: ejecuciones extraoficiales, tortura extremista, vejaciones sexuales. Casos especiales donde le garantizábamos que, sí se compenetraba en su papel de víctima, todo sería más llevadero, incluso más breve, aunque la cosa casi siempre se salía de control y el tiempo se dilataba en un “entretenimiento taurino”.

Había otro tipo de intervalos dentro del teatro de crueldades, cuando solíamos fantasear que A... regresaba a nuestras vidas adultas, cómodas y felices, como una figura siniestra y justiciera dispuesta a cobrarnos cada agravio al estilo hollywoodense. Organizábamos así intervenciones donde le pedíamos disculpas y le preguntábamos si en algún momento

sería capaz de ir por nosotros. “Yo no haría eso muchachos, yo los estimo...” Eso era lo que necesitábamos escuchar, previo a disolver nuestra conciencia en la prepotencia de una justicia que nunca llegaría, la postergación del juicio a la que nos habíamos acostumbrado, desde niños, en ese país de la tierra.

El último recuerdo que tenemos de A... es uno sobre el que volvemos en ocasiones, tal vez el más ilustre, cuando nos encontramos dos o tres a recordar los tiempos de colegio. Preparé la puesta en escena correspondiente al día del idioma: el descubrimiento de América. Éramos cinco españoles -capitán, soldados y hasta un cura- mientras él oficiaba como el único indígena. Si bien en un comienzo se negó a salir casi desnudo y correr frente a todos, la presión de perder una materia más lo disuadió de cumplir el rol con obediencia. Pobre actuación, nula escenografía y un guion olvidable, pero la escena final era digna de ser memorizada. Bajábamos del barco con cinco cañones de PVC, tacados con cientos de cabecitas de fósforo. Lo divisamos a lo lejos: un ente amorfo confundido por la vergüenza y las risas colectivas, corriendo hacia nosotros para encontrarse con el estruendo de una orquesta grandilocuente. Una gran ovación para nosotros y el olvido total para A... Había desaparecido de la mente de todos, había muerto ese día.

Seguramente hubo anécdotas posteriores, pero este es el último recuerdo que guardamos de A... Siempre

se nos escapa un: ¿qué será de la vida de A...? Pero la respuesta se queda en poco y nada. Nunca asistió a nuestros encuentros, fueran de pocos o muchos, de los más amables o los más viles, ¿cómo culparlo? Algunas veces me pareció encontrarlo en las caras de trabajadores esclavizados o ridículas figuras de la ciudad. El mito de A... se mantuvo como una baraja de posibilidades entre el absurdo y la miseria: “El otro día lo vi como payaso de restaurante”, “¿a que no saben a quién vi vendiendo SIM Cards el otro día?”, y cobraba cierta relevancia cuando -entre tragos- suponíamos escenarios como “¿qué haría si A... le aparece con un revólver y lo pone a elegir...?, o ¿si tuviese un hijo y sin ninguna razón es la copia de A...”.

A... vive en nuestras fantasías de adulto, nuestros sueños de nostalgia, cuando todo era muy diferente y pensábamos que habría una diferencia notable con él o con cualquier otro. Ahora, que la brecha se ha acortado y el tiempo ha cumplido su promesa de acabar con toda esperanza, la existencia de A... cobra un nuevo sentido. Estamos frente a él, con muchas ideas y pocas palabras. A pesar de su jadeo acompasado y su vista corregida, no podemos evitar ver ante nosotros, al mismo ser de hace algunos años, al hijo de Dios enviado a la tierra a morir por nuestros pecados, una prueba de su infinito amor o de su terrible cólera... Porque suya es la venganza.

- ¿Pecamos contra el prójimo?
- ¿Pecado? Pecado es vivir así.

Alguien suelta el comentario catalizador, la señal para cobrarnos una larga lista de fracasos: carreras truncadas, relaciones fallidas, deudas impagables... En sus ojos saltones, ahora sin vida, rebosa la esencia pura de las cosas, en el brillo cristalino de lo artificial yace la única respuesta para los que claman justicia.

A... murió para todos y aunque podría aparecer en cualquier momento, las posibilidades son limitadas en el espectro de la vida, es casi seguro que todo se repetirá: la dicha del victimario, el agradecimiento de la víctima y la vergüenza siempre.

Una noche final

Línea cinco:

Samuel sale de aquel bar mientras tiros se escuchan en aquellas calles nocturnas de Bogotá, las alarmas de los carros, que son alcanzados por estas mismas, sin embargo, Samuel aún no ha recibido ninguno de ellos. Los perros callejeros y los transeúntes corren intentando buscar refugio mientras las carreteras un poco húmedas tras la lluvia que cesó ya hacía cierto tiempo. Con todo esto, la suerte de Samuel no fue eterna, ya que un proyectil atravesó su parte inferior de la espalda tan rápido que solo se percató cuando del agotamiento paró para devolverle energía a su cuerpo. Se desplomó al suelo mojado mientras miraba ya en el piso un poste que daba de frente su luz. Suspiró mientras un ligero sueño empezó a apoderarse de su ser, sus palabras fueron con cierta alegría

No me arrepiento de nada, creo que solo puedo decir que pronto veré a Dios. Un recuerdo final pasó cabeza, algo que olvidaba lo sucedido, sus amigos vivos al lado de él, sus cadáveres en aquel bar se esfumaban y ahora tocaba una vez más un jazz final, qué gran

nombre para una canción.

Los ojos de Samuel se cerraban lentamente, mientras creía que de las estrellas las figuras de ellos, como de signos zodiacales, se tratasen iniciaban esa canción nueva “un solo jazz final”

Línea cuatro:

Ya en el bar que estaba lleno, no de forma desmesurada, pero sí lo suficiente como para entender que era la primera vez que estaban ante tanta gente. También se explicaba esta situación al saber que no eran los únicos en presentarse, ellos lo harían de terceras de cinco grupos que habían sido invitados para tocar esa noche. Se prepararon mientras una mesera los atendía.

—Buenas tardes— les dijo la chica que sostenía una pequeña agenda, donde probablemente anotaba los pedidos de las personas que ingresaban al bar— ustedes son una de las bandas que se presentan hoy, ¿me pueden decir sus nombres y el del grupo? La chica sacó su celular del delantal que traía puesto.

Samuel respondió dando el nombre de los cuatro: Darío, Camila, Ricardo y Samuel. El nombre del grupo solo lo escucharon ellos, el ruido era alto entre voces y diálogos que no se entendían muy bien. Aquel bar era bastante bonito, con un corete clásico buscando imitar los 50 o 40 de tal vez un New York con mesas de madera, la luz de estas eran

velas, dispensadores de bebidas viejos, la barra de madera con ese acabado clásico como madera antigua, pero brillante recién fabricada ayer; las copas y los licores como él y el dispensador de cerveza de palanca, el techo y la tarima en madera con un telón que cubría el escenario; los cuadros de los y las grandes del jazz y blues en las paredes y esa tonalidad claroscuro, casi barroca, daba la sensación de haber viajado a ese periodo de tiempo, pensó Samuel, tal vez en algún momento se ponga esto blanco y negro y terminemos en trajes y vestidos todos y todas. La mesera regresó tras confirmar los datos y los invitó a seguirla a una mesa especial para las bandas invitadas - ¿Qué desean de tomar o comer? Pregunto la chica con voz suave hasta el punto de despertar cierta sensualidad, el bar invita, ya que el dueño del lugar está en un día especial, las bandas invitadas recibirán su pago y consumirán la comida y bebida gratis que apetezcan; claro mientras eso no afecte su presentación ni perturbe la tranquilidad de la noche la chica cambió el timbre de la voz, como la intensidad ahora era más firme, se escapó la ternura por la sentencia, rozando una amenaza.

Los cuatro pidieron mientras los demás grupos se presentaban, tanto Samuel, Ricardo y Camila les interesó de sobremanera las personas que entraban al bar. La formalidad y ciertos códigos de respeto les hizo preguntarse quiénes eran todas esas personas. Darío no prestó mucha atención a esas dudas, para él

simplemente eran millonarios que estaban buscando recordar un periodo histórico, no sabían en qué más gastar su dinero. Sin embargo, los tres entre ellos hablaban -serán mafiosos de verdad, no lo creo, aunque por cómo se visten estamos en presencia de mafias casi italianas neo-Yorkinas, que viven en Bogotá. Se presentaron y al terminar los aplausos y las felicitaciones, muchos de esos hombres y mujeres se levantaron, al igual que con los dos grupos anteriores, fueron hasta la mesa para darles las manos, de nuevo con una formalidad, casi inhumana; tan estilizada como noble, invitándoles bebidas y pidiendo sus contactos para más conciertos para ellos.

Los cuatro estaban felices tanto que se les olvidó que aquellas personas si eran de las mafias, más en aquel momento estaban haciendo una tregua, era un símbolo de paz aquella reunión, entre un grupo y el otro. Pero cuando la noche daba su giro final, un grupo ingresó, sin sospecha alguna de invitados e invitadas y los cuatro jóvenes, se saludaron con un hombre que al parecer era el organizador y probablemente dueño del bar, aunque ninguno de los tres y tal vez los invitados lo sabía, pero estos que acababan de ingresar sí, vestía como un mesero de más de estatura promedio, de cabello oscuro y tez de piel blanca que los saludo.

Les pidió que se sentaran, estos aceptaron tal petición, pero tan rápido como pudieron sacaron sus armas, que muy bien camuflaron, ya que la seguridad

era densa, tanto que para entrar los guardias mantenían detectores de objetos peligrosos como revisaban de forma minuciosa datos y cuerpo entero. Era una misión suicida, al estar dentro perderían ante los de afuera, sin importar que más adelante los esperaban otros compañeros de ellos que al oír disparos vendrían en su ayuda. Se inició una balacera por todos lados.

Línea tres:

Darío ordenó los instrumentos mientras esperaba a Camila, Samuel y Ricardo. El día anterior y como era el único que tenía un carro y aparte grande, le dejaron en su casa estos. Un poco afanado, ya que dependían de que no hubiera trancón alguno. Tocaron la puerta mientras él observaba el reloj, se afaná para abrir molesto con sus amigos, los cuales estaban hablando, esperando que este les abriera. Darío con cierta cara de pocos amigos los dejó pasar mientras los tres entraban, sus palabras de regaño no se hicieron esperar- ustedes siempre llegando tarde a todo- calma vamos a tiempo- replicó Camila dirigiéndose a la batería. Samuel y Ricardo, por su parte comentaron entre ellos – el apartamento de Darío siempre es todo colorido, esa pintura blanca y azul hace que parezca un jardín de niños. Aparte vive en un quinto piso, bajar todo esto es perder tres días de vida, estar respirando oxígeno de forma desmesurada, nos va a hacer viejos antes de tiempo, soltaron una risa irónica.

El televisor que prendido se mantenía transmitía el profesor super O en señal Colombia, Samuel y Ricardo se concentraron en el capítulo mientras Camila y Darío alistaban todo, ellos para poder seguir viendo se acercaron a los instrumentos y tan lentos, como para no perderse nada del mismo guardaban el contrabajo en su estuche en el caso de Samuel y Darío el saxofón. Hasta que la misma Camila les gritó –tontos apúrense que se nos hace tarde, casi nunca ven el profesor super O pero ahora si les interesó y Ricardo ayúdeme con el resto de la batería- ambos entraron en una pequeña desilusión, sus mentes y cuerpo querían terminar de ver ese capítulo, pero bueno tenían algo importante que hacer.

Línea dos:

Son las 4:30 de la tarde y Darío habla con su mamá que acaba de llegar de trabajar.

—¿Vinieron al fin, Camila, Ricardo y Samuel a dejar los instrumentos?

—Sí señora, de hecho, se fueron hace 30 minutos- Darío respondió mientras observaba el celular.

—Bueno. Y les ofreció algo de comer, aquí había ponqués y jugos de caja o se los comió solo Darío- la mujer buscó en el sofá *a su hijo*

para contemplar con su mirada su respuesta directa y detectar la mentira posible.

—No señora. Mi Mamá si es exagerada- replicó, dejando el celular a un lado con cierta molestia.

Mientras su madre preparaba algo de comer, recordó el día en que él fue contactado para el evento que realizarían mañana en la noche. Se fue en Transmilenio hasta museo nacional, ese día su madre se llevó el carro, no les dijo a sus amigos porque sospechaba que a ellos no les gustaría ser contratados así. Por la mañana, ya el transporte, se encontraba relativamente vacío hora llana, la mejor para viajar por Transmilenio. Ya en el museo nacional se dirigió hasta la 53 hasta voltear por una esquina a la izquierda, aquel sitio era muy distante a donde él vivía. Soacha, comparado con esta parte de Bogotá, era muy distinto, aparte de los espacios verdes que perdieron los soachunos por las construcciones. Bueno, aunque los cerros orientales no eran públicos, en su mayoría son de privados. Los edificios eran altos, los carros costosos y las carreteras sin hueco alguno. Encontrón el bar, con dos guardias demasiado altos, él no era bajo media 1.73 cm, pero comparado con esos dos mastodontes de tal vez dos metros era una pulga.

Estos que portaban armas de dotación lo miraron instantáneamente y desde lo alto bajaron sus ojos para pregun-

tarle -¿Qué necesita niño? -Darío con que estaba un poco intimidado dejó salir estas palabras- vengo porque me llamaron para saber si estábamos disponibles para tocar el día sábado en la noche.

Los guardias que mantenían sus miradas penetrantes sobre él, simplemente y de forma seca —le pidieron nombre completo. Luego de unos minutos le permitieron entrar, el bar por dentro era muy bonito, recordaba los 40 o 50 en el auge del jazz y el Blue. Se encontraban unas cuantas personas comiendo y bebiendo, hasta que una de las meseras le pidió que fuera hasta la barra, donde un hombre de tal vez dos centímetros más alto que él lo recibió de la forma más cortés posible.

—Tú eres Darío, me alegra que hayas venido, ¿te tomas algo? - le preguntó el hombre con una pequeña sonrisa en su rostro.

—Darío contestó ya más tranquilo tras lo ocurrido con los guardias — sí señor una gaseosa.

—Listo ya la traigo- el hombre fue hasta la nevera, la abrió y se la pasó a su sitio- como te decía Darío- comenzó a hablar de nuevo el hombre. Me alegra que hayas venido, mi amigo Lorenzo nos habló muy bien de su grupo, su música le encantó y por eso queremos contratarlos, sin embargo, le pedí a él que no le diera mayor detalle.

También le pedí que buscara información sobre ustedes. Continúo hablando mientras servía unas bebidas y le pedía a una mesera y otro mesero que las llevaran a unas mesas numeradas en la bandeja donde reposaban estas bebidas - entenderás que si bien no aceptas tocar por lo menos no vas a terminar informando esto a las autoridades- Darío sintió que le estaban advirtiendo, suspiro un poco, un pequeño miedo vino a su cuerpo- el hombre no terminó de hablar- sin embargo, si estás aquí es porque te interesa la oferta de trabajo. Te vamos a pagar muy bien, a ti a tu grupo. Será solo una noche si ya deseas seguir tocando para alguno de los invitados después o tal vez para mí dependerá de cómo te sientas el sábado en la noche.

Mostró respeto en todo lo dicho, hasta en las palabras que amenazaban su propia vida y familia no dejaron ver nada de autoridad ante Darío, parecía un mesero más; no un líder de la mafia. Darío aceptó y aquel hombre le extendió la mano y con el mismo respeto le agradeció por haberlo hecho y se negó a recibir dinero por la gaseosa y ambos se alejaron.

Línea uno:

Para qué es esta llamada grupal Darío-pregunto Samuel un poco molesto

ya que estaba en la universidad. Los llamo para contarles una gran noticia- Darío soltó una risa de alegría honesta.

Más noticias buenas, comentó Camila, acentuaron esta afirmación barra pregunta Ricardo y Samuel. Con cierta intriga Darío les preguntó cuáles noticias buenas tenían ellos- Camila comenzó respondiendo a esta inquietud.

—Me aceptaron en la nacional para estudiar artes y les mostró con la cámara del celular el mensaje que recibió a su correo. Los tres hombres la felicitaron. Siguió Samuel.

¿Se acuerdan del video de la obra de teatro que teníamos que hacer aquí en la universidad?, pues bien, nos vamos a presentarla a Buenos Aires argentina- un compañero de Samuel gritó al fondo- inos vamos para Argentina! Sus amigos de grupo lo felicitaron, solo faltaba Ricardo el cual les mostró el parte médico de su hermano, menos en donde se leía “le damos de alta al comprobar su recuperación, después de ser atendido dos semanas tras los trombos en su pecho y pierna izquierda. Se le mantendrá medicamentos con enfermero especializado que irá a aplicar las dosis en casa”. Con un grito grupal se alegraron por la recuperación del hermano menor de Ricardo. Finalmente, Darío, que estaba un poco desmotivado porque su noticia superaba en nada las anteriores tres, les hablo de la presentación del bar.

Sus tres amigos no creyeron en eso, el pago era muy bueno para ser cierto, sin embargo, insistió y les pidió que dejaran sus instrumentos en su casa para el sábado los llevaran en el carro. Los cuatro entonces emocionados se despidieron.

Darío miró por la ventana, suspiró de alegría mientras la gente pasaba, el sol de las doce chocaba con el pavimento de la calle, un carro pasa, una mujer y sus hijos cruzan la avenida, un pequeño camión de frutas da sus promociones por un megáfono y Darío con una sonrisa solo observa.

Fín

Jeremías

“¡Jeremías!”, gritaba en plena calle, lo hacía sin importarle si alguien lo ignoraba o si alguien podía siquiera percatarse de su presencia. Le gritaba un nombre a la muerte, a alguna de las tantas que le han recordado a la tierra, el calor, la fluidez, el sabor de la sangre. “¡Jeremías!”, gritaba con un sabor de 11 de la mañana en la boca, su grito no pretendía espantar, más bien, lo que buscaba era que alguien le atendiera o por lo menos le viera, pero ni la muerte se le cruzó. “¡Jeremías!”, volvió a gritar en el preciso instante en que el aroma fétido se convirtió en mariposa y se escapó de su carne, para ir a parar al camino de una llanta y morir con el crujir de una hoja de otoño debajo de un pie. “¡Jeremías!”, gritó de nuevo, cuando un frío cortante le devoró el estómago desde adentro y le hizo sentir la noche en cada centímetro de su interior, casi como si la noche explotara en su abdomen para querer ser noche en el cielo. “¡Jeremías!”, chilló, ya vencido por la extrañeza de sensaciones, en ese instante en que no sabía, en que iba dejando de

sentir, en que quiso tomar su estómago y no sintió ni su mano ni su estómago, en que la mano inexistente siguió de largo al tacto de una piel olvidada. No volvió a gritar, porque no sabía si tenía o no voz, no recordaba si en algún momento la había tenido o si creía tenerla con la certeza misma de saber que el sol saldrá minutos antes o minutos después de las seis de la mañana. “¡Jeremías!”, la idea, el grito, las voces se mezclaron con el aire, era el nombre condenado a la muerte, a alguna de las tantas que habían pasado por sus manos ahora inexistentes. “¿Jeremías?”, musitó cuando el ayer se volvió puño y le recordó de golpe que una noche miró el reloj averiado que marcaba las 11 de la mañana, que se había comido un pedazo de tristeza con la misma mano con la que se arrancó el corazón, con el que abrió paso a la sangre desde sus muñecas hasta la tierra sedienta.

En el suelo, mientras la certeza del día llegaba y la sangre calmaba la sed, allí en el ocaso de su vida vio en la ventana un capullo que florecía frente al escenario de su muerte, era una mariposa negra y en el primer aleteo se fue su último aliento y la mañana se congeló y siguió el día.

¿Sobrevivir?

Despertar, y sigue la niebla
lleno de sombras, el sol se aleja
Calles, estaciones, carros, casas,
saludos, murmullos, miradas.

¿En qué momento deja todo de tener sentido?
¿En qué instante la vida cae en la rutina?

La desesperación, no se esfuma con el viento.
Ansiedad, depresión ¿Es acaso la existencia un sufrimiento?

Y es que si no hay un motivo ¿En qué consiste la vida?
Vida que solo vivimos porque no hay otra salida
¿Y si la hay? ¿Y si morimos?
Tal vez en la oscura muerte, desaparezca el ruido.

Dudas, ideas, conocimientos, sentidos
cosas que nos aterrizan y no atraen al vacío
¿Qué hacer si la existencia no nos guía en el camino?
Y aunque no nos demos cuenta, en carne de cañón nos convertimos.
¿Qué hacer si la existencia no nos guía en el camino?

Y aunque no nos demos cuenta, en carne de cañón nos convertimos ¿Qué
hacer si la existencia no nos guía en el camino?

Y aunque no nos demos cuenta, en carne de cañón nos convertimos.

¿Es acaso la experiencia responsable de la felicidad?
¿Y si la felicidad existe por qué es tan difícil de encontrar?
Encontrar... ¿Qué queremos encontrar?

La vida nos atormenta con un continuo pensar. .

Tú no querías curarte

Tú no querías curarte
querías que alguien se enferme contigo.
Me di cuenta al amanecer
de un calendario viejo
que soy buena
para las cosas malas,
de esas que te llevan lejos, sí,
pero lejos de todo aquello
que quieres, es que escogerte es una calle
de un sólo sentido,
tú no permites un entorno flexible,
callas cada voz amiga
y entiendes bien la soledad,
sabes pretender que adoleces
de un mal invisible,
dejas claro que mi atención devota
y mi amor solitario,
es todo lo que tu llano en llamas necesita,
sabes simplificar todo
a ser el mundo del otro y sí,

Claudia Marina Elena Guerra Maticorena (Correo electrónico: claugmati@gmail.com
con Redes sociales: [@claudiaguerramaticorena](https://www.instagram.com/claudiaguerramaticorena). Lima, Perú).

fue ahí que mi autoestima también
me fue infiel contigo,
me fui de bruces
porque ser enfermera de alguien
que abraza el desahucio
no tiene sentido
y qué tarde lo averigüé.

Lo tuyo sí que contagia,
y qué curioso que proveas
la enfermedad y el placebo
que promete curarme,
mi dependencia era tu opio,
mi dolor te hacía fuerte,
me hacía feliz pensar
que yo te importaba lo suficiente
como para mentirme,
me infectaste como querías,
yo estuve enferma.

Tú te habpías hecho con los parches
que le calzaban perfecto a mis heridas,
hoy puedo seguir siendo ingenua

y continuar buscando curas
para males ajenos,
no voy a arrepentirme
de querer mejorarle el mundo
a un alma rota,
pero ya leo las malditas señales,
ya sé irme,
ya sé que si lo necesito
puedo mentirme sola.
Tú no querías curarte,
querías que alguien se enferme contigo,
pero de ti no sólo me fui sana,
sino también inmune.